

reaparición de "El Socialista"

de los hechos más sorprendentes e incomprensibles del período que sigue a los acontecimientos de 1934 es, indudablemente, el silencio del Partido Socialista. Por su importancia en el movimiento obrero y en la vida política del país, por el papel que desempeñó en los relacionados acontecimientos, por el ineludible deber que le correspondía de orientar a sus afiliados, la dirección del P. S. no podía callar. Sin embargo, durante los meses, los organismos directivos no se han pronunciado públicamente sobre los problemas más importantes planteados ni han inculcado, mediante una acción, sin precedentes, la importancia de su magnitud y significación política. Pero de nuestro movimiento de nuestro país, que se comprenda una inmensa trascendencia con que se esperaba, pues, la ansiedad que la lectura de los numerosos nos ha pronunciado el reparto de lo que debería ser el desenlace de la vida política de los primeros días, apagado, sin justificación alguna, por la existencia de un órgano de prensa que si tacha la posición clara y vigorosa de las posiciones políticas.

Este tono gris y apagado no es casual, no es la consecuencia de unas limitaciones de lenguaje, sino el síntoma inequívoco de un momento más grave — de un contenido no menos gris y contenido ideológico es más que el contenido político — que ha sido apagado por la necesidad de la claridad necesaria que necesitaba en su época.

La unidad — que no se ha trabajado por ella — y la unidad de la izquierda socialista, más que equívoca es inquietante. Esta unidad de conducta, que acepta, debe ser, según el articulista, «la que establecen, de consuno, nuestras ideas y nuestra tradición». ¿A qué ideas se refiere? ¿A las del marxismo revolucionario, que, en vísperas de Octubre, Caballero y las Juventudes, en un penoso esfuerzo de asimilación, querían instaurar en el Partido, o a las ideas socialdemócratas, colaboracionistas, que inspiraron toda su actuación anterior? ¿A qué tradición, a la del socialismo reformista del pablisto, que convirtió al Partido Socialista en la organización antirrevolucionaria por excelencia o a la del marxismo revolucionario, que halló su más espléndida y gloriosa manifestación en el heroico levantamiento asturiano?

La clase obrera de nuestro país necesita que se dé una respuesta concreta a estas preguntas. Las filigranas de estilo, a que tan aficionado se muestra el editorialista de "El Socialista", y las posiciones confusas y equívocas, en ningún sentido pueden darle satisfacción.

Un programa claro, una táctica inconfundible de clase; una actitud decidida y audaz, servidos por un gran partido revolucionario. He aquí las condiciones imprescindibles a que la hora histórica que vivimos subordina inexorablemente la victoria del proletariado. El P. S. hubiera

ALTO LLOBREGAT

Explotación de los mineros de la comarca de Berga

Compañeros: Me parece que todos os daréis perfecta cuenta de que cada día estamos siendo víctimas de nuevas injusticias por parte de la empresa, que se aprovecha de la desorganización que existe entre nosotros para burlar y pisotear las bases y contratos que tenían establecidas y firmadas entre obreros y patronos.

Estamos viendo con desgarrado que estos astutos jefes de la Compañía se van apoderando de la situación de los obreros, y lo hacen a su placer, ya que, desgraciadamente, no encuentran ninguna resistencia. Es muy lamentable, compañeros que una cuenca de unos 800 obreros no esté organizada. Ya que todos reconocemos que es necesario y urgente el llevar a efecto la unión de los obreros, vamos a poner todos un poco de sacrificio y llevarlo a la práctica a la mayor brevedad posible, para poner freno a esta serie de injusticias, de las cuales voy a hacer alguna referencia.

Para sondear el personal, empezaron por descontar herramientas, cosa que mientras existió el Sindicato no se había visto, pero como empezaron descontando pequeñas cantidades no se le daba importancia. Al encontrar el camino franco, en el mes de Septiembre se tomaron el atrevido de descontar de 3 pesetas a 3'50 a cada obrero, poniendo como pretexto que se había perdido un martillo. Por esto hubo mucho descontento y, como es natural, muchas protestas y reclamaciones, haciéndoles ver que pagábamos el martillo a precio de oro; pero no nos atendían, nos contestaban con la hipocresía y el cinismo.

El libro de nuestro camarada se caracteriza, ante todo, por su objetividad. Pero ya es sabido que nada perjudica tanto a una obra como su veracidad, cuando ésta discurre contra la corriente. Toda obra polémica lleva consigo un propósito iconoclasta. Y ésta tiene la virtud de destruir unos cuantos mitos que iban tomando cuerpo en la conciencia de la clase obrera, y en especial, el que más de cerca toca al proletariado español. Me refiero al mito Largo Caballero, «el Lenin español», la persona que simboliza al perfecto burocrata reformista, transformado, de la noche a la mañana, en el más sentido y consecuente de los revolucionarios. Desde que los socialistas fueron desplazados del Poder, sus epígonos se han afanado por forjar el símbolo que encarne los intereses del proletariado, creando en su torno una aureola de hombre genial, cuyo cerebro era capaz de resolver todos los problemas de la revolución, incluido el de la burocracia reformista. Han estado construyendo al hombre tabú, al jefe que nunca se equivocaba, ocupado en todo instante en fijar la táctica y estrategia revolucionarias que las circunstancias del momento exigen. Siguiendo el ejemplo del stalinismo, han construido un Largo Caballero «ideal», el arquetipo de la lucha que la clase obrera realiza por su emancipación. Ya sólo les falta «el plan» para comenzar por donde la burocracia soviética ha terminado. Pero ni su remoto pasado, ni su más reciente actuación, abonan nada en favor de su mesianismo. Les duele que Andrade no conceda importancia a esta «nueva» postura del jefe, y por eso niegan méritos a su obra.

Además de ser una actitud desconocida para todos, los anti-criticos del pablisto debieran discernir que la depuración del P. S. no puede ser reducida a la conquista de la dirección. No es un problema de sustitución de unas personas por otras. Es cuestión de una táctica y una estrategia revolucionarias que el Partido no posee. De lo contrario, no tendríamos que recurrir al ensalzamiento de los unos en detrimento de los otros. ¿De cuándo acá la clase obrera necesita de un Mesías que simbolice sus esfuerzos de liberación humana? Nada más lejos del marxismo que la idea mesiánica de la lucha de clases, que es producto de los antagonismos sociales que desgarran la sociedad contemporánea, y no la idea fuerza que mueve a las masas hasta el límite de lo previsto. ¿O es que pretenden continuar jugando con las masas, induciéndolas a que no crean en su capacidad política, sino en la capacidad de sus llamados representantes, que un día son los socialistas y otro la izquierda republicana? Porque no hay misterio sin mixtificación, esto es, sin explotar la ignorancia de los hombres, y a estas alturas no se puede jugar ya con fórmulas relativas a intenciones, sin precisar los medios por los cuales pretenden transformarlas en actos. Andrade rompe este misterio, poniendo al desnudo las raíces históricas que determinan la actividad social y el pensamiento reformista de los «nuevos» viejos luchadores, y esto es lo que ellos no pueden perdonar.

La táctica seguida por ellos describe una línea sinuosa, trazada por las circunstancias, que han sido impuestas por la oligarquía dominante al movimiento obrero, sin la réplica adecuada, por culpa de los Partidos Socialista y Comunista, pero, particularmente, por culpa del primero. Ante la incertidumbre de la izquierda socialista, cualquiera pensará que viven en un mar de confusiones, sin saber a qué atenerse sobre su porvenir. A mi juicio, yerran los que así piensan. Lo mismo reformistas de derecha que de izquierda, saben bien lo que hacen y quieren. Unos con maña, con cautela ocultan sus verdaderos propósitos, y los otros no se andan con tapujos. Pero si nos remontamos un poco lejos, al año de la gran derrota del proletariado alemán, descubriremos

El problema azucarero en España

También en España comienzan a notarse los síntomas de la sobreproducción.

Aclaremos, sin embargo, que lo que corrientemente se denomina crisis de superproducción, en realidad no es sino crisis de distribución, determinada por la decreciente relación entre el volumen de la producción y el consumo. El «exceso» de producción es un término convencional. El que en el Canadá utilizan el trigo para calefacción, en el Brasil alimenten las locomotoras con café, etc., no significa, hablando de propiedad, la existencia de una crisis de sobreproducción, porque es evidente que la inmensa mayoría de la población mundial come pan de maíz, tortas de cebada y productos similares, y el café constituye un artículo de lujo. En el fondo de todas estas contradicciones, no hay más que una verdad: la técnica, la racionalización permiten un rendimiento geométrico mientras que el consumo se produce en términos aritméticos. Ese mismo desarrollo de la técnica provoca, primero, el sobran de brazos, y segundo, la desaparición del obrero calificado. Y ambos factores determinan la reducción de la capacidad del consumo. La desproporción entre la producción y el consumo ocasiona la crisis; crisis de distribución.

Pero pasemos adelante, sin insistir en este género de consideraciones, adecuadas para un trabajo especial.

Un aspecto de eso que corrientemente se viene llamando crisis de superproducción, es el problema azucarero. Y tal gravedad ha llegado a revestir, que el Gobierno se ha visto en el caso de poner la mano sobre él.

Como no podía menos de suceder, tratándose de un régimen capitalista y de un Gobierno reaccionario de pies a cabeza, la solución proyectada va de pleno acuerdo con los intereses de los industriales.

Dentro de los límites de un artículo corriente, vamos a desentrañar el asunto. Y lo mejor será que nos demos previamente cuenta de él a través de las estadísticas que son el camino más corto y recto para formarse una opinión en torno a las cuestiones económicas.

Tomando el decenio 1923-32, obtenemos las siguientes bases de observación:

	Producción		Cons. por hab.	
	MILES TON.	KILOS-AÑO	MILES TON.	KILOS-AÑO
1923.....	172—	9—		
1932.....	293—	12—		

¡Alerta!

Inmediatamente salta a la vista que mientras la producción ascendió en un 59%, el consumo sólo progresa en un 25%, en su mayor parte ocasionado por el aumento de población y no por la elevación del «standard». Sugere, pues, el nudo gordiano de la contradicción.

Los precios, sin embargo, no bajan en la misma proporción. El índice para 1923, es de 172 y baja sólo a 165 en 1932.

Tenemos, pues, un aumento constante del volumen de producción, frente a un volumen decreciente del consumo y una reducción apenas perceptible en el precio. Es la característica del monopolio capitalista. Estas contradicciones se agravan sucesivamente y se enlazan a la crisis progresiva del régimen capitalista en su totalidad: la técnica hace innecesarios los obreros calificados, reduciéndolos a simples peones en función y en salario; elimina continuamente brazos y surge entonces el fenómeno corriente: que sobra azúcar. Pero, insistimos: los precios se sostienen. Están gravados por el sistema monopolizador, que cuando no parte del propio Gobierno se verifica a través de la sindicación patronal, por el encarecimiento de los transportes y por la red, cada vez más tupida, de intermediarios y loggers.

Sabemos ya que ese nudo gordiano de la contradicción fundamental del sistema de producción capitalista sólo puede ser cortado por la Dictadura del proletariado; pero no es este el objeto del presente trabajo, dirigido principalmente en el sentido de la divulgación.

En tales condiciones, interviene el Gobierno. ¿Para rebajar los precios del azúcar, por lo menos a los límites proporcionales al aumento de la producción? No. ¿Para cortar las manos de traficantes y loggers? Tampoco. Eso no puede hacerlo un Gobierno de la composición social del que soportamos. Interviene para establecer un monopolio, bajo el control oficial, que permita la salida del azúcar sobrante y regule la producción; todo en interés de los capitalistas y nada en favor del consumidor.

A esto tiende la ley votada hace días por las Cortes reaccionarias. En virtud de la misma se constituye una Comisión mixta arbitral que determinará:

- a) La cantidad total de remolacha que deberá producirse.
- b) El precio a que deberá ser pagada.
- c) El cupo de distribución por fábricas y zonas.
- d) Los precios y condiciones.
- e) La prohibición de nuevas instalaciones de fábricas, ampliaciones y traslados de las mismas.

En resumen: se trata de constituir el monopolio más oprobioso sobre el azúcar. El régimen de monopolios corresponde al carácter imperialista del capitalismo en su fase presente y última. Es el reverso de la libertad de concurrencia, de la economía clásica liberal, del «laissez faire, laissez passer».

Y las consecuencias finales que se pueden deducir del hecho son un encarecimiento progresivo del precio del azúcar, una regulación de la industria a expensas del consumidor.

De este modo es como el capitalismo va tirando. Apelando a los sólidos recursos que le proporciona «su» Estado, el Estado burgués, el Estado de clase. Pero como quiera que todos estos procedimientos chocan con sus propias causas, es evidente que sosteniendo los precios a través del monopolio los hace inasequibles para el consumidor, que, por el paro progresivo y la reducción continua de los salarios, reduce su capacidad adquisitiva y el problema queda en pie con todas sus consecuencias.

ROBERTO MARINER

EL VIGIA

“¡Alerta!”

La aparición del órgano central de la Juventud Comunista Ibérica ha quedado aplazada por crear el Comité Ejecutivo del Partido Obrero de Unificación Marxista que precisaba antes llevar a cabo ciertos trabajos de organización juvenil.

La publicación de «¡Alerta!» no está, pues, suspendida, sino diferida hasta que políticamente se considere que es el momento oportuno.

Las cantidades ingresadas con motivo de la suscripción que fué abierta en favor de «¡Alerta!» siguen guardándose y serán oportunamente consagradas a aquello para lo cual fueron recaudadas.

Suscribíos a LA BATALLA

Porqué critican los socialistas «La burocracia reformista en el movimiento obrero»

rados sólo pueden ser desplazados por la marea de la revolución, ya que las acciones revolucionarias son las únicas que depuran los Partidos. Y no se ha visto, hasta la fecha, ninguna acción que pueda depurar al P. S. en su conjunto.

El P. S. se enganchó al capitalismo en plena prosperidad para recoger las migajas que la democracia burguesa consentía entonces a la clase obrera. Pero fatigado por el peso de «su» responsabilidad social y por la importancia orgánica adquirida, se sentó a descansar sobre las reformas sociales y las libertades políticas reconocidas por la oligarquía dominante, a expensas del sometimiento del Partido a sus designios explotadores, no pudiendo incorporarse ya, porque en los momentos más propicios a la revolución proletaria formaba una misma masa con la sociedad burguesa. Al socialismo español le sucede que, en apariencia, marcha curado de su reformismo tradicional por el revolucionarismo de su ala izquierda; pero se halla fascinado de tal forma por el fondo oscuro de sus raíces capitalistas, que continúa practicando el reformismo, a costa, naturalmente, de la clase obrera. A consecuencia de haberse adaptado la burocracia socialista a la vida burguesa, resulta, por tanto, que unos socialistas practican el reformismo con la mano izquierda, en tanto que otros lo hacen con la derecha. Los primeros son reformistas zurdos, que ayudan a los segundos a ejecutar lo que decida el centro, que es, en última instancia, el verdadero cerebro del Partido Socialista.

El P. S. tiene que ser traído a otras vías, en la plena acepción de la palabra, lo que sólo puede lograrse desplazando de la conciencia de las masas al reformismo, como teoría y táctica, a la vez que se destruye la influencia de los bonzos que lo practican. El hecho de haber nacido antes no es mérito suficiente para imponer al movimiento obrero sus peculiares puntos de vista.

El libro de nuestro camarada se caracteriza, ante todo, por su objetividad. Pero ya es sabido que nada perjudica tanto a una obra como su veracidad, cuando ésta discurre contra la corriente. Toda obra polémica lleva consigo un propósito iconoclasta. Y ésta tiene la virtud de destruir unos cuantos mitos que iban tomando cuerpo en la conciencia de la clase obrera, y en especial, el que más de cerca toca al proletariado español. Me refiero al mito Largo Caballero, «el Lenin español», la persona que simboliza al perfecto burocrata reformista, transformado, de la noche a la mañana, en el más sentido y consecuente de los revolucionarios. Desde que los socialistas fueron desplazados del Poder, sus epígonos se han afanado por forjar el símbolo que encarne los intereses del proletariado, creando en su torno una aureola de hombre genial, cuyo cerebro era capaz de resolver todos los problemas de la revolución, incluido el de la burocracia reformista. Han estado construyendo al hombre tabú, al jefe que nunca se equivocaba, ocupado en todo instante en fijar la táctica y estrategia revolucionarias que las circunstancias del momento exigen. Siguiendo el ejemplo del stalinismo, han construido un Largo Caballero «ideal», el arquetipo de la lucha que la clase obrera realiza por su emancipación. Ya sólo les falta «el plan» para comenzar por donde la burocracia soviética ha terminado. Pero ni su remoto pasado, ni su más reciente actuación, abonan nada en favor de su mesianismo. Les duele que Andrade no conceda importancia a esta «nueva» postura del jefe, y por eso niegan méritos a su obra.

Además de ser una actitud desconocida para todos, los anti-criticos del pablisto debieran discernir que la depuración del P. S. no puede ser reducida a la conquista de la dirección. No es un problema de sustitución de unas personas por otras. Es cuestión de una táctica y una estrategia revolucionarias que el Partido no posee. De lo contrario, no tendríamos

que ambos sectores coinciden en los mismos propósitos conservadores.

Aquellos hicieron lo posible para evitar Octubre, con el fin de que no se repitiera lo ocurrido en Alemania con los sindicatos y la socialdemocracia. Y éstos, embargados por el mismo temor, reaccionaron en sentido contrario, amenazando a la burguesía con la insurrección armada, para intimidarla, con el propósito de degollar la revolución inevitable, pues no abrigaban otro fin que el de conservar por la fuerza los privilegios sociales y políticos que perdieron recientemente por la «vía democrática». Preocupados por la radicalización de las masas, y ante la perspectiva de ser desplazados de la hegemonía ideológica que ejercían sobre el proletariado español, ingresaron en las Alianzas Obreras, por puro compromiso, para frenar sus funciones. En cuanto han comprobado, al cabo de un año, que la contrarrevolución española no obraba con la brutalidad y el desenfreno del fascismo alemán, se han repuesto de sus temores, y ya sólo esperan un cambio de situación política para actuar como tenían por costumbre. Buena prueba de ello son sus intenciones de liquidar las Alianzas Obreras, para no verse comprometidos por su misión histórica.

Se llaman marxistas, precisamente, porque no toman en serio al marxismo, porque no lo son, en definitiva, y blasonan de serlo mientras no traiga peores consecuencias. Su marxismo tiene sus límites, y es un comodín que les sirve para combatir mejor a los revolucionarios. El papel de revolucionarios no les sienta bien. Han estado esperando pacientemente esta coyuntura para hacer medio mutis y aparecer en escena, nuevamente, desembarazados de un ropaje que estorba a sus designios. Por eso se han acogido a Dimitrov como a un claro ardiendo. Ya no hay porqué comprometerse ante la clase obrera, pues hasta los propios «bolcheviques» han reconocido sus pasados errores, y proclaman la necesidad de defender la democracia bur-

guesa contra los avances del fascismo. En marriage estrecho con los stalinianos, dan pruebas de que su posición no tiene nada de progresiva. De lo contrario, aceptarían el libro de Andrade en su totalidad, sin poner un pero a sus conclusiones. ¿Creen que toda su vida pasada puede borrarse, anularse, sin dejar rastro?

No tenemos, ni queremos tener nada de común con aquellos que, instruidos por la experiencia de Octubre, declaran vana toda acción ilegal de la clase obrera y preconizan la vuelta a la legalidad a cualquier precio, renunciando a los principios fundamentales del marxismo. Pero queremos ser severos con quienes preconizan «la táctica de los muertos», que consiste en poner sordina a los organismos que tan brillante papel jugaron en las jornadas de Octubre, y en guardar en conserva las frases y la táctica revolucionaria de 1933-34, en lugar de aplicar los métodos revolucionarios a las nuevas condiciones del momento. Si aquellos han roto para siempre con la clase obrera, éstos van resultando perniciosos a sus intereses, por el abandono en que los tienen y por el giro que pretenden dar a las corrientes revolucionarias del movimiento obrero español.

Finalmente, queremos subrayar que establecemos diferencias entre los adversarios y traidores, entre los enemigos de clase, los agentes de la burguesía y los socialistas equivocados. En cuanto el adversario se embosca dentro del movimiento obrero, surge el traidor como agente que es de la burguesía. Estamos sinceramente preocupados ante la corriente socialista de izquierda, ya que no quisiéramos incluírta entre los reformistas del viejo y nuevo estilo, que son peores que la burguesía, pues mientras que ésta odia por instinto de clase al socialismo, aquellos hablan de socialismo para engañar mejor a la clase obrera. Por eso ponemos a contribución todas nuestras posibilidades en beneficio de la causa de la revolución proletaria, a cuyo servicio hemos vinculado toda nuestra vida.

Tal ha sido también el propósito del camarada Andrade, que en su libro hace un retrato insuperable de los mayores enemigos del proletariado.

JOSE LUIS ARENILLAS

El movimiento obrero no podrá perfeccionarse si ignora lo que en realidad detiene su marcha hacia la sociedad socialista. La izquierda socialista no logrará eliminar al reformismo, como teoría y táctica, sin antes saber cuál es su naturaleza. La obra de nuestro camarada JUAN ANDRADE, es una aportación fundamental y magistral a este perfeccionamiento necesario. Aplicando la dialéctica marxista al desarrollo del movimiento obrero y sus instituciones, pone al desnudo aquella parte del movimiento donde radica el mal, aquella excrecencia que es necesario extirpar, para dejar solamente la parte donde reside su virtud. Nadie que se preocupe de estas cuestiones puede eludir el conocimiento del libro de ANDRADE, reputado por nosotros, con el de ADLER, como el punto de partida teórico de la depuración indispensable del movimiento obrero mundial. Para todo marxista (y no hay otro marxismo que el revolucionario), la aceptación íntegra y sin reservas de esta obra es un deber de sinceridad consigo mismo: es el primer paso que todo socialista sincero debe dar con el afán de superar una fase inferior, reformista, y alcanzar la fase revolucionaria que corresponde a la etapa que atravesamos.

Quiénes desde la izquierda socialista critican al libro en forma de tautología y por salir del paso. ¿Por qué no considerar como justas sus tesis y conclusiones? ¿Será acaso, antes que de saber a ciencia cierta qué es el marxismo?

Reconocemos que los propósitos que animan a muchos jóvenes socialistas responden al deseo natural de encajar al Partido Socialista en la vía de la normalidad revolucionaria. Claro que no les bastará con saber cómo y de dónde viene el reformismo y la táctica de confusión que sigue el P. S., porque pocas veces el conocimiento de las causas ha bastado por sí solo para corregir el mal. No hay que olvidar que los falsos caminos reformistas se han ido convirtiendo en otros tantos envueltos que no pueden desarraigarse en la burocracia socialista por mucho conocimiento que se tenga del mal; sino necesitan ser sustituidos y desplazados por otros caminos, por otra táctica y estrategia que es menester ejercitar para alcanzarlas. Los reformistas invete-

Ante los intentos reaccionarios

La clase trabajadora debe permanecer siempre alerta

Desde inmediatamente después de la revolución de Octubre, si es que ya no antes, ha venido temiéndose en distintas ocasiones el intento de un golpe de Estado. Se han anunciado incluso y dado los nombres de los supuestos promotores. Durante la tramitación de la última crisis, estos rumores fueron mucho más intensos y alarmantes, y hasta parece que la inquietud que se observó en algunos medios trató de llevarse a vías de hecho. La atención alerta, en todas estas ocasiones, de la clase trabajadora, ha sido seguramente el principal obstáculo que los conspiradores han encontrado para llevar a cabo sus planes. El proletariado sabe muy bien de que lado puede venir el peligro, y por eso en toda ocasión está en guardia y debe seguir estándolo en lo sucesivo.

Un golpe de Estado es fácil cuando la opinión obrera y democrática en general se encuentra en la indiferencia o en situación pasiva. Pero cuando tiene en tensión toda su sensibilidad política, la hazaña es difícil de realizar.

Tenemos el ejemplo del 10 de Agosto. En Sevilla se dispuso por los complicados de todo cuanto el director de un golpe de Estado puede anhelar, incluso hasta del general del máximo prestigio. ¿Qué faltó? El ímpetu y la resolución necesarios. Auténtico heroísmo, es difícil de encontrar en las clases acomodadas o en sus servidores armados. De ahí el contraste entre Sevilla en el 10 de Agosto de 1932 y Asturias en el 6 de Octubre de 1934.

No es fácil, por otra parte, que las clases reaccionarias lleguen a identificarse en torno a la necesidad del golpe de Estado. La parte de la reacción que menos pesa en las soluciones, se decide por los métodos de violencia. Sin embargo, al gran capitalismo le cuesta ahora trabajo aceptarlos. Teme caer en una dependencia demasiado absoluta de los poderes militares. La comprensión de este estado de ánimo nos lo facilita la actitud de la Lliga Regionalista, que es el partido español más conscientemente capitalista, industrial. Cambió, con reiteración, insiste en su enemiga a todo golpe de Estado. No le fué grata por completo la experiencia de la dictadura de Primo de Rivera.

Las contradicciones entre los propios grupos capitalistas, con respecto a esta cuestión, son bastante agudas, no sólo en España, sino en el resto de los países. Después de extenuar por completo a la clase trabajadora, el fascismo, integrado por capas parasitarias, se ve obligado a imponer fuertes contribuciones, principalmente al capitalismo industrial, para nutrir a sus fuerzas de aven-

tureros. Mientras esquilmaba al proletariado, los industriales se frotan las manos; pero cuando les alcanzan las salpicaduras, sacan gestos adustos.

Estas consideraciones quieren decir que existen contradicciones profundas en el mismo campo de la burguesía, que dificultan la realización de un golpe de Estado. De ninguna manera queremos dar a entender que semejante peligro no exista. El proletariado debe estar siempre atento, debe seguir no sólo los pasos de su enemigo, sino incluso sus intenciones.

La historia contemporánea no nos ofrece un ejemplo en el que la reacción se haya dejado derrotar fácilmente sin defenderse hasta las últimas consecuencias. El conocimiento de este hecho es el que nos conduce a temer en cualquier circunstancia sorpresas reaccionarias. Y el peligro mayor puede estar durante o inmediatamente después de las elecciones. Ahora su soberbia les ciega. El poder del oro creen que resolverá la cuestión en las urnas a su favor. Van un tanto alegres y confiados a las elecciones. El pensamiento de sus familiares, de los conturlos, del casino, lo toman por la opinión general. Y creen en el triunfo. El resultado electoral les sacará pronto de su error, por muchos que sean los ardides que se pongan en juego y el dinero que se reparta.

¿Pero quién puede creer ingenuamente que se resignen con su suerte? Nadie. Por eso decimos que el peligro de un golpe de Estado se agudizará muchísimo más después de las elecciones, en que se querrá anular el resultado de éstas con un hecho de fuerza. Ya se han dado casos de esta índole en algunos países europeos.

Precisamente porque vislumbramos esta posibilidad de peligro, es por lo que estimamos que la campaña electoral no puede estar encauzada exclusivamente en el sentido de obtener los mayores votos posibles. Debe servir al propio tiempo, fundamentalmente, para alertar a la clase trabajadora de los peligros que se ciernen y para invitarla a la vigilancia y a la ofensiva contra sus enemigos. Es un período de propaganda que hay que aprovechar ampliamente para crear una conciencia fuertemente política en todas las masas populares. Cerca de dos años han transcurrido con las garantías de libertad de expresión suspendidas o reducidas. No sabemos cuanto puede durar este período de imperio de las garantías democráticas constitucionales. Saber aprovechar este período es obligación de todos los sectores obreros. Por nuestra parte sabremos sacar toda la ventaja posible.

Porqué fué asesinado el aventurero fascista Calero

Recientemente se ha publicado en Madrid un libro titulado «Fascismo en España», del que aparece como autor Roberto Lanzas. Es fácil adivinar que este nombre no es más que el seudónimo del conocido dirigente fascista Ledesma Ramos. En esta obra, que es una especie de resumen de las actividades fascistas en España, a propósito del asesinato del ex-legionario Calero en Barcelona, del que tanto se habló en su tiempo, se dice lo siguiente:

«En la última quincena de Septiembre, y sin duda, como ingrediente de agitación para el golpe revolucionario, comenzó «Mundo Obrero», el órgano de los comunistas, a publicar unas informaciones espectaculares acerca de la organización interior y de los propósitos del fascismo. Diariamente, más de dos semanas, con el título general de «Falange Española de la JONS, organización del crimen al servicio del capitalismo», publicó unos relatos fantásticos, folletinescos, denunciando una serie de crímenes «en proyecto» y «sacando a la luz» las «tenebrosidades de los grupos armados», así como las peripecias y vida anecdótica del Partido.

«Era, desde luego, pura fantasía; pero ciertos detalles que se referían a eso que hemos llamado «vida anecdótica», la publicación de facsimiles de circulares y de otros documentos, la exactitud de algunos datos sobre las dificultades internas que entonces culminaban, etc., etc., revelaban que el autor de aquellas truculencias era algún afiliado en funciones de espionaje, o alguien que recibía de éste las informaciones necesarias para ello.

«Se supo, al fin, que su autor, por lo menos quien hacía la primera redacción, luego quizá modificada injertándole aquí y allí fraseología marxista, era, en efecto, un militante: Calero. Trabajaba en las tareas burocráticas de los Sindicatos, pudiendo de ese modo cometer malamente alguno que otro día. Era un tipo pintoresco muy conocido en todos los sectores políticos que hayan tenido representación en la Cárcel Modelo de Madrid.

«Calero, era aquel legionario de Africa, del que muchos recordarán

que mató a su novia y se dedicó luego en la Cárcel a hacer literatura y amistades con los políticos de todos los colores, desde el equipo republicano de diciembre del 30 hasta los monárquicos del 10 de Agosto. Después estuvo en el Dueso, mostrándose orgulloso de haber sido allí medio secretario del general Sanjurjo. Pero sus relaciones más confidenciales lo fueron, claro, con los extremistas sociales, porque eran también más permanentes como compañeros en la cárcel.

«Cuando lo pusieron en libertad, comprendido en un indulto, apareció un buen día por el local fascista, y allí, como era despedido, sabía escribir a máquina y se conformaba con poco, le permitieron colaborar en los trabajos sindicales del Partido.

«Calero era, en el fondo, un semiloco, con dos manías u obsesiones. Una de carácter erótico, que le hacía creerse un don juan irresistible. Otra, literaria, de grafomano o escritor. Los comunistas explotaron estas dos manías al inducirle a traición. Se valieron para tal empresa de una militante roja, Carmen Meana, empleada en el Metro, que había estado en Rusia. El pobre Calero, tan galante, cedió al parecer a los requerimientos de su soviética amiga, no sin que también influyera en su determinación de escribir las informaciones de «Mundo Obrero», su otra obsesión, la de grafomano.

«Al sentirse descubierto, Calero huyó de Madrid. Nadie sabe si de miedo, de vergüenza o por qué otra causa. A las pocas semanas, apareció muerto en Barcelona. No fué posible a la policía explicarse el crimen. Como era conocida su presunción donjuanescas y se le encontraron cinco o seis frotos de mujeres en la cartera, atribuyeron el hecho a alguna venganza de orden amoroso. También Calero había actuado en los medios de la FAI, haciendo pesquisas en esa dirección. ¡Cualquiera sabe!»

A través de estas líneas se deducen con toda claridad las dos siguientes conclusiones:

Primera.—Que todo cuanto dijo «Mundo Obrero», en su célebre y

La crisis del Partido Socialista

La derrota de Largo Caballero

El Comité Nacional del Partido Socialista, celebrado a mediados de mes, ha puesto de manifiesto una vez más, y con mayor intensidad, la grave crisis interior que vive desde hace tiempo el Partido Socialista. Al mismo tiempo se ha constatado de una manera pública que la corriente izquierdista del P. S. era derrotada por el centrismo, o lo que es lo mismo, por la tradición reformista republicana, del mismo Partido Socialista. Largo Caballero, eje central de la corriente de izquierda, ha sido vencido por Indalecio Prieto, alrededor del cual se apaña actualmente la mayoría del Partido Socialista.

Esta derrota de Largo Caballero, aunque prevista y señalada por nosotros desde hace tiempo, es un acontecimiento que tendrá un indiscutible influencia en el futuro del desarrollo del movimiento obrero en nuestro país. Por eso vale la pena de que la estudiemos detenidamente, tanto en las causas que la han producido como en las consecuencias que pueda tener.

En primer lugar, ¿cómo ha sido posible que fuera derrotado Largo Caballero y con él el ala izquierdista del Partido Socialista que hasta ahora había tenido la dirección del Partido?

En la polémica que sostuvimos el verano pasado con el camarada Santiago Carrillo, secretario de la Federación de Juventudes Socialistas, ya indicábamos cómo era completamente falsa la actitud de la izquierda socialista. Una tal posición equívoca forzosamente había de conducir al fracaso, fracaso que está ahí, presente, sin que nadie pueda negarlo.

Largo Caballero, después de haber sido hasta el otoño de 1933 el representante máximo del reformismo en el seno de la socialdemocracia española, hizo de súbito un viraje radicalísimo, presentándose como el líder de las posiciones de izquierda. El presidente del Partido Socialista encontró inmediatamente en las masas trabajadoras cada vez más desengañadas de la colaboración de clases y de la política reformista. Largo Caballero, desde fines de 1933 hasta Octubre de 1934 fué, en España, el exponente máximo de la voluntad de las masas trabajadoras revolucionarias. Interpretando el deseo de éstas, se pronunció por la ruptura con las fuerzas pequeño-burguesas y por el frente único obrero. Fué gracias a esa posición que pudieron ser desplazados de la dirección de la U. G. T. los elementos reformistas a comienzos del año 1934.

Mientras Largo Caballero llevó a cabo una política de izquierda socialista, tuvo consigo el apoyo no sólo de las masas socialistas, sino también de una manera indirecta de la masa obrera en general.

Largo Caballero, hasta Octubre de 1934 fué considerado por la mayoría de la clase trabajadora como el caudillo de la posible revolución proletaria.

Vino Octubre con toda su grandeza y sus equívocos. Después de Octubre, Largo Caballero y con él la izquierda del Partido Socialista y las Juventudes Socialistas tuvieron todas, absolutamente todas las posibilidades para vencer, sin que quedara ni el recuerdo siquiera, a la derecha del Partido Socialista y conquistar la hegemonía absoluta en la dirección del movimiento obrero en todo el país.

Pero para esto precisaba actuar completamente al revés de como han procedido Largo Caballero y las Juventudes Socialistas.

Desde Octubre de 1934 hasta su derrota en el último Comité Nacional del Partido Socialista, Largo Caballero y el sector que él encabeza, se han movido no como socialistas de izquierda, sino como centristas. Y, a la postre, el centrismo los ha ahogado.

Las principales equivocaciones del ala izquierdista del P. S., comprendiendo en ella, claro está, a las Juventudes, han sido como las que hemos venido ya señalando con anterioridad, las siguientes: Primera.—dejar abandonado el Parlamento. Segunda.—defender la consigna «Partido Único dentro del Partido Socialista» en vez de Partido Socialista Revolucionario Único. Tercera.—sostener que la Unidad Sindical hay que hacerla en el seno de la U. G. T.

Se acertada campaña contra los manejos criminales de los fascistas, era cierto.

Segunda.—Que el ex legionario Calero fué asesinado por los fascistas como represalia por haber facilitado las informaciones a «Mundo Obrero».

Suponemos que en lo sucesivo la policía no seguirá dando como móviles amorosos las causas del asesinato de Calero. Aunque sería mucho pedir el decir que debiera proceder contra sus auténticos asesinos: los fascistas.

Cuarta, oponerse al desarrollo en extensión e intensidad de la Alianza Obrera. Quinta, derivada de la anterior: orientar las masas nuevas hacia el republicanismo, galvanizando un cadáver. Sexta, posición favorable a la Sociedad de las Naciones ante la guerra italo-abisinia.

Todas estas faltas reunidas — faltas que atestiguaban el centrismo más recalcitrante — han dado como resultado el triunfo del centro-derecha, volviendo al Partido Socialista a su posición reformista y republicanizante tradicional.

Una línea política iniciada ha de ser consecuente. Puede haber zig-zags inevitables, determinados por el juego de las circunstancias, pero lo interesante es que no se pierda nunca el punto de mira proyectado, marchando hacia él con obstinación.

La izquierda socialista no ha hecho eso. Inauguró un rumbo revolucionario, pero apenas iniciado, con resultados favorables por cierto, lo abandonó completamente.

Si después de la movilización y ensayo general de Octubre, el sector dirigido por Largo Caballero, en el Partido Socialista, en vez de reclutarse en las tiendas del más gastado centrismo, hubiera comprendido que la salud del movimiento obrero y de la revolución socialista estaba en la actuación revolucionaria en el Parlamento y en la política de unidad obrera — unidad de acción y unidad política revolucionaria en la calle —, hoy la situación política general sería muy distinta. Estaríamos en vísperas de otro asalto revolucionario y no, como ahora, ante una nueva etapa de colaboración republicano-socialista.

Una amplia e intensa política de Alianza Obrera — que nosotros hemos preconizado — obstinadamente frente al sabotaje práctico que ha hecho de ella la dirección del Partido Socialista, hubiera agrupado a todo el movimiento obrero de una manera irresistible. La Alianza Obrera hubiera sido entonces un arma ofensiva y defensiva, según las circunstancias. Los republicanos no hubieran salido ya nunca más de sus tumbas. Suponiendo una posición electoral, el Frente Obrero en toda la Península hubiera arrastrado a las zonas campesinas y pequeño-burguesas, dejando los campos bien delimitados: la gran burguesía reaccionaria, a un lado, y los obreros y campesinos al otro lado. La disyuntiva fascismo o socialismo hubiera quedado planteada con caracteres graves en un momento en que el fascismo todavía hubiera carecido de verdadera organización.

Pero el Partido Socialista, con Largo Caballero a su cabeza, ha hecho imposible este desarrollo del frente único obrero y ha determinado, como consecuencia, el frente único republicano-obrero tal como existió en 1930-1933 y cuyas consecuencias desastrosas había estigmatizado el propio Largo Caballero.

Si la izquierda socialista, en vez de empujarse en que la unidad política tuviese lugar en el seno del Partido Socialista, hubiera levantado la bandera de un Partido Socialista Revolucionario Único, la corriente producida hubiese sido tan impetuosa, que todos los núcleos marxistas existentes en el país se hubieran sumado a ella. De este modo la derecha y el centro del Partido Socialista hubiesen sido ahogados como lo fueron, en parte, a comienzos de 1934, que es cuando Largo Caballero parecía marchar realmente hacia la izquierda.

En resumidas cuentas, la izquierda socialista ha sido vencida y desplazada de la dirección porque de izquierda sólo tenía el nombre.

En la práctica hacia una política totalmente de centro. Y el centro se ha impuesto. En realidad, más que una conquista de la dirección del Partido Socialista por Prieto y su sector republicanizante, lo que ha existido es una entrega gradual de las posiciones, por Largo Caballero, gracias a una política fundamentalmente equívoca.

El centro-derecha del P. S. tiene en sus manos la dirección del Partido y lo que constituye un arma casi decisiva: «El Socialista».

¡Cabe esperar, así las cosas, que la izquierda logre rehacerse, y rectificando su política desacertada consiga reconquistar lo perdido y reganar la dirección del Partido Socialista?

Es muy dudoso. La posibilidad remota de una escisión, hasta ahora evitada, queda planteada, sin embargo.

Decíamos en la polémica con Carrillo que no conocíamos el caso de ningún partido socialista viejo que hubiese podido superar su pasado para marchar raudamente hacia el porvenir revolucionario. El Partido Socialista Obrero Español acaba de aportar idéntica conclusión para convencimiento final de aquellos que aún pudiesen abrigar alguna duda.

JOAQUÍN MAURÍN

Los dos frentes

La guerra y la revolución

Durante años Mussolini, para apagar el descontento del pueblo, ha venido repitiendo que, el Estado fascista estaba por encima de burgueses y proletarios. Todos, capitalistas y obreros, habían de sacrificar sus propios intereses de clase al supremo de la nación. El fascismo sostiene la doctrina de que el Estado es la estructura en que se funden los intereses de todas las clases de la sociedad. ¡Cuánta analogía no guarda esa concepción con las formas habilidosas del reformismo! De hecho, el fascismo es la concentración de todo el poder del Estado en manos de la burguesía. Política y socialmente hablando, el fascismo no es otra cosa que un frente de todas las clases amenazadas por el movimiento obrero en marcha hacia el Socialismo.

En el aspecto puramente económico, el fascismo es un ensayo de economía dirigida dentro de las formas capitalistas de producción. También la ideología N. R. A., de Roosevelt ha sido un experimento de economía dirigida. La única diferencia había entre Roosevelt y Mussolini es la de que mientras el ensayo del presidente de los Estados Unidos se realiza con las formas políticas del liberalismo burgués, el de Mussolini se lleva a cabo con el sistema más feroz y represivo que registra la Historia. La definición más concluyente que pudiéramos hacer del fascismo es la de que es la Edad Media del capitalismo.

Sin embargo, Mussolini y todo su sistema han fracasado. El intento de cortar la anarquía entre los diferentes sectores de la burguesía nacional no ha dado ningún resultado. Lo único que ha engendrado el nacionalismo económico del fascismo ha sido las rivalidades imperialistas y los peligros de guerra. Con todo el inmenso poder del Estado en sus manos: instrucción, cine, radio, deporte, etc., la burguesía fascista ha impuesto a toda una generación el mito sangriento del mesianismo nacional. Con la mística del patriotismo, el fascismo agudiza hasta el paroxismo las fuerzas que conducen a la guerra. La guerra es una consecuencia del fracaso económico del fascismo. Los sistemas clásicos del capitalismo han fallado y se han hundido. Así como el poder del absolutismo no pudo evitar el triunfo de la revolución burguesa, la dictadura de clase del capitalismo será impotente para impedir la eclosión de la aurora socialista que se presenta en el mundo.

La aventura colonial de Abisinia es una prueba irrefutable de la descomposición del régimen fascista y su famoso sistema «corporativo». Así lo han reconocido sus más conspicuos representantes. Italia está arruinada. Tiene más de un millón de parados, de los cuales unos 50.000

pertenece a las profesiones liberales. ¡Cara ha pagado la pequeña burguesía su adhesión al fascismo! Esta situación de catastrófica miseria ha conducido Italia a la ruina. La única manera de salvar a las masas de la miseria y la paralización era crear un carácter «nacional», y así el pueblo explotado de ganado por la ideología del fascismo y la revolución.

Pero también es necesario prestar la atención más cuidadosa y vigilante a otro frente, hoy invisible, pero ya late sordamente en los talleres, fábricas, campos y ciudades de la península de los Apenninos. A medida que el malestar y el hambre crezcan, ese frente se manifestará y saldrá a la luz del día. Pronto los dolores del parto social alumbrarán el ocazo de la dictadura del capitalismo. La clase obrera de todos los países ha de contribuir a la derrota del fascismo italiano, avivando la llama revolucionaria de la lucha de clases.

En cuanto a los marxistas italianos, a la luz de su propia y trágica experiencia, y aleccionados por el ejemplo de Alemania, Austria y España, deben prepararse para su próxima intervención en la política revolucionaria del proletariado de su país.

En Austria, los socialistas austriacos salvaron el honor del marxismo en las jornadas revolucionarias de Febrero de 1934. La rectificación de toda una época de reformismo rehabilitada con sangre.

En España, los trabajadores asturianos, durante las épicas jornadas de Octubre trazarón ante el proletariado del mundo entero la senda que conduce al Socialismo. Los trabajadores de Italia tienen el deber de superar a los de Austria y España. El único modo de venir a Matteotti y a todos los luchadores proletarios, es bariendo del poder a la burguesía para llevar a cabo la evolución democrática-socialista hasta las últimas consecuencias: la instauración de la dictadura del proletariado.

JUAN ARJUNA

ASTURIAS

Alianza Obrera y Unidad Sindical

Durante los años 1918 y 1919 se habló con gran intensidad de la conveniencia de unir al proletariado que estaba adscrito a las centrales C. N. T. y U. G. T.

En honor a la verdad digamos que por aquel entonces, quienes más se destacaron en abogar por la unificación de las fuerzas obreras fueron los enrolados en la Confederación Nacional del Trabajo. Si se mira la colección de aquella época del diario «España Nueva», se verá cómo día tras día los trabajadores de distintas partes del país, que eran afectos a la organización sindicalista, venían mostrando con sus escritos deseos de inteligenciarse con el resto de los proletarios, que eran orientados por los elementos socialistas. El resultado de aquel esfuerzo, hecho por los que no tenían nada que perder si se llegaba a la unificación, pero si mucho que ganar, fué obstruido por la oposición, que veladamente hacían unos y de forma declarada otros. Y al hablar de unos y de otros me refiero a los elementos dirigentes de una y otra central sindical, de las dos que deseábamos unificar, porque entendemos que es posible hacerlo.

Con pequeña variación, actualmente ocurre lo mismo que en la fecha que hemos mencionado. Los hechos son opuestos a lo que desean las masas, que son las que más directamente sufren el látigo de la explotación. La diferencia que se nota es que hoy son las masas de la U. G. T., como ayer fueron las de la C. N. T., las que empujan a las figuras más destacadas a que laboren por la unificación. La experiencia recibida por los obreros asturianos, en el transcurso de largos años, les llevó a adoptar la posición de no tener gran fe en lo que hasta ahora se les vino diciendo para hacerles creer que su organización se bastaba para implantar en España el régimen de igualdad y justicia que todos deseamos.

Mientras que los dirigentes socialistas declaran que «no quieren renunciar a ser el partido dirigente de la revolución», alejando toda posibilidad unionista, las multitudes por ellos dirigidas se orientan hacia la tendencia de unidad sindical y Alianza Obrera en la escala nacional. Al menos aquí en Asturias así sucede. Y vemos que así ocurre, por lo que nos

dicen los mismos periódicos de marxista socialista, los que si no vienen cubiertos de opiniones unionistas es por que se atiende mejor las órdenes que tiene sobrados motivos para en la unión de todos los de su clase.

Hizo falta la experiencia de Octubre para que las masas en general se diera perfecta cuenta de que únicamente unidos se podrá hacer algo que redunde en bien de su situación.

Aunque se complete la organización de la Alianza Obrera, que aun no está a medias, se debe proseguir con la tarea unionista hasta conseguir, por lo menos, la creación de la Central Sindical Única. Mientras esto no se consigue, faltará a la Alianza Obrera el puntal más firme para su fortalecimiento. Una decisión juzgada diferentemente entre los Sindicatos de las dos centrales, puede ser lo bastante para que empiecen las luchas intestinas, que como consecuencia traerían la liquidación de la Alianza Obrera.

La Central Sindical Única crea también los Sindicatos y Federaciones Únicas, con lo cual desaparece el peligro que apuntamos, que aunque parezca que no, es de peso. Diremos cuantas veces sea preciso decirlo que las masas no obstaculizan la unidad si a ello se deciden los elementos directores de uno y otro lado. Hacemos esta afirmación porque tenemos sobradas experiencias para ello. Hemos presenciado la fusión dos veces de los mineros y una vez de los metalúrgicos asturianos, y lo que hemos visto en los casos citados nos basta para estar seguros de la afirmación de que no es una «utopía» el pensar en la Central Sindical Única, si a ello se disponen los que dirigen las dos centrales existentes.

Alianza Obrera, si, pero al mismo tiempo unidad orgánica. La estabilidad de la primera no podrá asegurarse sin la segunda.

Nuestro partido, el Partido Obrero de Unificación Marxista, en este extremo de la unidad, tiene unas consignas que le harán ganar la simpatía del proletariado, que ve que su salvación está en la unión estrecha de todos los explotados.

AQUILINO MORAL

La Felguera (Asturias)